

nera que la era monárquica de la Baviera y de Wurtemberg empieza para siempre desde el segundo año del reinado de Napoleón. En fin, obligó al Austria á que devolviese á los Bava-ros los cañones y las banderas cogidas en 1740.

El 27 de diciembre, una proclama relativa á sus designios sobre el trono de Nápoles, anunció á la Europa que lo destinaba á su hermano José. Nápoles, á pesar del tratado de 21 de septiembre, no habia cesado de abrir sus puertos á los Ingleses; tanta perfidia habia de ser castigada. Por último, el Emperador enlazó con su mano victoriosa y libertadora á su hijo adoptivo, declarado príncipe y virey de Italia, con la hermosa princesa real de Baviera y le declaró su sucesor á la corona de Milan, en caso de que muriese sin dejar sucesion.

Tal fue el éxito de la novena campaña de Napoleón, y éste el desenlace que tuvo la tercera coalicion. En vano las potencias que la habian firmado, la Inglaterra y la Rusia persistian en no dar el tratamiento de emperador de los Franceses y rey de Italia á Napoleón que acababa de coronar como reyes á dos príncipes alemanes, y de crear tres soberanos en su propia familia. Jamás hubo

manifestacion mas enérgica del hecho en lugar del derecho, y pareció singular á los publicistas ver á los monarcas de Inglaterra, de Suecia y de Rusia obstinarse en no sancionar la doble eleccion de Napoleón por el pueblo frances y por el pueblo italiano. Ciertamente no podian estos soberanos haberse olvidado de su origen real, ni tampoco presentar títulos mas legítimos que los de Napoleón á la admiracion y á la confianza de las naciones. La desgracia de los Emperadores, dueños de la mitad del continente, establecia bastantemente la legitimidad del campo de batalla. No obstante, el descendiente de Romanof se negó á ratificar el armisticio de Austerlitz. Hallándose demasiado lejos del centro de la Europa, para verse obligado á tomar parte en la humillacion de la corte de Viena, habia vuelto á tomar á toda prisa el camino de su capital, y, aprovechándose de la generosidad de Napoleón, dejó indecisa entre los dos, no la cuestion de la guerra, sino la de su prolongacion. Pero el gabinete ruso tuvo que reconocer, algunos años mas tarde, que en el tratado de Presbourg existia el gérmen de la confederacion del Rhin, cuyo ob-

jeto era principalmente formar una barrera contra el poder de la Rusia.

La novena campaña de Napoleon, la mas memorable por sus resultados de todas las que ilustraron hasta el fin el reinado del gran guerrero, habia traído en el discurso de un mes á ciento y sesenta mil Franceses desde un pequeño puerto de la Mancha y desde la península italiana hasta las fuentes del Danubio, y á los desfiladeros de la Selva Negra; desde allí á los montes Krapac y hasta las fuentes del Vistula. Habia visto á Napoleon vencedor de dos Emperadores, devolver al uno sus estados, al otro sus ejércitos, repartir coronas entre sus aliados, soberanías entre sus generales y proclamar la victoria como patrona de la Francia.

Pero, al paso que un nuevo imperio del occidente estaba renaciendo á la voz del héroe de Austerlitz, el cetro de los mares quedaba sin rival entre las manos de su enemigo implacable. La política de la Inglaterra á quien Napoleon debió tantos trofeos y tanta grandeza, podia consolarse tambien con triunfos gloriosos, de la alta fortuna del hombre destinado por ella á la gloria y á la venganza. A no ser por la campaña del vice-almirante Missiessy,

que habiendo salido de Rochefort el 11 de enero, desembarcó municiones en la Martinica, hizo una expedicion feliz en la Dominica, abasteció á la isla de Guadalupe y quitó el bloque de Santo Domingo, la marina francesa no hubiera tenido sino desgracias durante el año de 1805. Ademas del destrozo que experimentaron, el 22 de julio, en el cabo Finisterre, las escuadras combinadas de Francia é Inglaterra, esta ganó tambien su batalla de Austerlitz el 21 de octubre en el cabo de Trafalgar. Nelson mandaba veinte y ocho navíos, Villeneuve diez y ocho, y Gravina quince. La Escuadra franco-española era mas fuerte de cinco navíos. En menos de seis horas, los aliados perdieron cuatro navíos cogidos, tres quemados, tres dieron á fondo, diez fueron á pique ó naufragaron, solo entraron nueve en Cadiz, otros cuatro que lograron escaparse, bajo las órdenes del contra-almirante Dumanoir, tuvieron que rendirse el 4 de noviembre, á la vista de las costas de Galicia, á una fuerza superior. Diez y seis navíos ingleses se hallaron inhabilitados. Esta terrible batalla costó la vida á los tres almirantes; Nelson cayó herido mortalmente,

Gravina murió de sus heridas, y Villeneuve, al volver de las cárceles de Inglaterra, se dió la muerte en Rennes. Su impericia y su poca decision fueron la primera y principal causa de nuestros desastres en Aboukir, en el cabo de Finisterre y en Trafalgar. Batido dos veces en un mismo año por un enemigo inferior en fuerzas, quiso librarse con un suicidio obscuro, del juicio de la Francia. Perdimos uno de nuestros mejores marinos, el contra-almirante Magon. El vice-almirante español Alava quedó gravemente herido, y el contra-almirante Cisneros cayó en manos del enemigo.

La Inglaterra y la Francia tuvieron iguales motivos de cantar el *Te Deum* en el año de 1805. Ambas naciones justificaron su rivalidad con hazañas iguales; pero despues del combate del 6 de febrero de 1806, en que siete navíos ingleses destrozaron en la bahia de Santo Domingo á cinco navíos franceses que fueron cogidos ó dieron á pique, la Francia no volvió á aparecer sobre los mares, y se limitó á oponer á la Inglaterra el dominio y el bloqueo del continente. La Francia tenia razon con un ejército de qui-

nientos mil hombres, y la Inglaterra la tenia tambien, por su parte, con trescientos buques de guerra.

